

La misi3n jesuita de Carolinas durante la II Guerra Mundial

Santiago Navarro de la Fuente

Universidad de Sevilla (Espa1a)

La misión jesuita de Carolinas durante la II Guerra Mundial

The Jesuit mission of Caroline Islands during World War II

Santiago Navarro de la Fuente

Universidad de Sevilla (España)

snav@us.es

Fecha de recepción: 15 de septiembre de 2022

Fecha de aceptación: 9 de diciembre de 2022

Resumen

La presencia española en las islas de la Micronesia no terminó con la venta a Alemania tras el Desastre de 1898. Tras la I Guerra Mundial, los jesuitas españoles fueron enviados como misioneros a las Carolinas, encomendándose la misión a la recién creada provincia Bética en 1925. Allí permanecieron durante la II Guerra Mundial. Para promover los donativos a la obra y hacer propaganda fue creada la revista *El Ángel de Carolinas*. A través de sus páginas puede reconstruirse la experiencia de la guerra en aquella multitud de islas y cómo el relato transmitido por los misioneros y difundido por la revista se distanciaba de las categorías políticas proyectadas por el régimen de Franco.

Palabras clave: II Guerra Mundial; Carolinas; Marshall; Marianas; Jesuitas; Misión.

Abstract

The Spanish presence in Micronesia islands continued after the sale to Germany in 1899. Following Great War, Spaniards Jesuits were sent as missionaries to Caroline Islands. The work was entrusted to Betica Province in 1925. They remained there during World War II. Besides, in order to provide with donations and for the promotion of *El Angel de Carolinas* that work was published. We use this paper to rebuild the war experience of these missionaries in those islands and as a proof that their perceptions were different from those of the official propaganda of Franco's regime about contenders in World War II.

Keywords: World War II; Caroline Islands; Marshall Islands; Mariana Islands; Jesuits; Mission.

1. INTRODUCCIÓN

En 1920, después de que los capuchinos alemanes de la provincia de Westfalia se hubieran retirado de Carolinas tras la Gran Guerra y la región llevase “más de cuatro años” sin sacerdotes, el Preósito General de los jesuitas Wlodimir Ledochowski decidió asumir la misión en aquellos territorios. La Santa Sede había consultado a Japón, “dueño ya de ellas, si permitiría que otros misioneros ocuparan el lugar de los que habían tenido que salir; respondiendo los gobernantes del Imperio japonés afirmativamente, pero con condiciones”. La Sagrada Congregación de Propaganda Fidei consultó entonces a varias órdenes, pero ninguna pudo hacerse cargo. Finalmente, Ledochowski ofreció a los jesuitas. De entre ellos, considerando que Japón no permitiría el envío de misioneros de cualquier nación, juzgó que habían de ser los jesuitas de España los que acudieran al encargo. Inicialmente, la misión sería asumida colectivamente por las provincias jesuíticas españolas y regida directamente por el general.¹ Esta situación se modificó el 31 de julio de 1925. Para entonces, los territorios eran los de la “difícil Misión de las Islas Marianas y Carolinas (a las que más tarde se añadieron muchas de las Islas Marshall)” y fueron encomendados a la recién creada provincia Bética, que había surgido recientemente de la de Toledo. Si bien, dada la “penuria de sujetos”, permitiría la participación de religiosos de otras provincias.²

La pertenencia de las Carolinas al antiguo imperio español y la tradición misionera de los españoles en ellas debieron influir en el destino de los jesuitas españoles a estas islas. Con todo, rara vez se hace referencia a esta etapa misional al tratar de la cuestión (Revuelta Guerrero, 2015 y Baró i Queralt, 2017), cuyo interés hubo de ser estrictamente religioso dado que la experiencia colonial se había caracterizado porque “ni se explotó, ni respondió a las expectativas esperadas, ni produjo el menor beneficio económico, y sí generó muchos gastos” (Elizalde Pérez-Grueso, 1992, p. 67). En enero de 1921 llegaron a Tokio para dirigirse a las islas los primeros misioneros que pertenecían a diversas provincias españolas. El superior de la misión era entonces el P. Rego. Llegaron a Saipán, en las Marianas, el 2 de marzo de 1921 y desde ahí comenzaron a distribuirse por las islas.³

Dentro de la labor de promoción de la misión, los jesuitas crearon una revista mensual que pretendía dar difusión a las actividades de los misioneros y también promover los donativos que hicieran posible el sostenimiento de sus labores. Esta publicación fue *El Ángel de Carolinas*. Su tirada alcanzó

1 Carta del Padre General a los padres y hermanos de las provincias españolas de 19 de marzo de 1920. *El Ángel de Carolinas* (en adelante EAC), enero de 1943, pp. 3-4;

2 Carta del Padre General de 31 de julio de 1925, EAC I 1943, 4-5.

3 “Hace veinticinco años”, EAC I 1946, 2.

los dos mil ejemplares. Una colección razonablemente amplia de ellos se conserva en Hemeroteca Municipal de Sevilla.⁴ A juzgar por las anotaciones referidas a cuestiones técnicas y económicas en muchos de los números, a las facturas encontradas entre algunos de los ejemplares y a las correcciones habidas sobre las galeradas de otros, además de que en varios se encuentran los pliegos de papel aún sin cortar; se puede intuir que Fal Conde contribuyó a sostener la publicación y que conservó buena parte de los ejemplares.

La publicación abarca desde los años iniciales de la misión en 1928 hasta 1947, si bien el periodo que se ha conservado prácticamente completo es el que media entre 1941 y el final. La fuente permite hacer un recorrido por la evolución de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico (Langa Nuño, 2014, pp. 504-505) y también tiene en la propia evolución de la orden religiosa hitos importantes como la muerte de su Preósito General el P. Ledochowski y la adaptación de misión a la situación internacional tras la II Guerra Mundial, relevando a los jesuitas españoles. A ello se añade que la correspondencia de los misioneros publicada por la revista no está disponible para consulta en el Archivo de la provincia de España de la Compañía de Jesús, en Alcalá de Henares, que alberga los fondos de la antigua Provincia Bética.⁵ Por el contrario, sí ha podido contrastarse la información con la documentación conservada en el Archivo General de la Administración.

2. LA REALIDAD DE LA MISIÓN EN LOS PREVIOS DE LA GUERRA

Apenas unos meses antes de que la Segunda Guerra Mundial se extendiera al Pacífico, la revista publicó una estadística con datos relevantes sobre la misión en Carolinas, Marianas y Marshall. La extensión total era de 4.247.300 mi²; pero la extensión conjunta de todas las islas sumaba 2.150 km². En total se contaban más de 1.400 islas, de las que sólo estaban habitadas 625. Este conjunto de islas estaba agrupado en los siguientes archipiélagos:

4 En la colección de la Hemeroteca Municipal de Sevilla, entre las páginas 4 y 5 del nº 111 de la revista correspondiente a enero de 1944, se encuentra una factura de la Editorial Católica Española S.A., radicada en la calle San Jacinto nº6, a nombre de Manuel Fal Conde por mil sobres y firmada el 17 de enero de 1944. Desconocemos si la revista llegó procedente del Fondo Melchor Ferrer Dalmau (Álvarez Rey, 1998, pp. 41-42)

5 Tan sólo han podido consultarse cartas del periodo 1920-1929, entre las que destacan algunas cartas del P. Juan Pons con información relativa no sólo a la misión sino a cuestiones personales y espirituales de los misioneros. Archivo de la Provincia de España de la Compañía de Jesús, 82/ BET 611. También se contiene un libro de visitas del superior regular que inicia con la visita del 15 de septiembre al 20 de octubre de 1924, realizada por el P. Juan Pons y se cierra con la realizada por el P. Higinio Berganza del 25 de enero al 2 de febrero de 1940. 82/ BET 615.

Tabla 1. Datos tomados de EAC VII-VIII 1941.

Archipiélago	Extensión	Población
Marianas	639 km ²	4.400 indígenas
Yap	226 km ²	6.000 indígenas
Palaos	479 km ²	6.000 indígenas
Truk	132 km ²	14.000 indígenas
Mortlok	132 km ²	3.200 indígenas
Ponapé	504 km ²	8.600 indígenas
Marshall	170 km ²	10.000 indígenas

Estos datos de población indígena habían sido “duplicados por los japoneses”. Para atender todo ello había 16 padres y 18 hermanos coadjutores⁶. Desde el comienzo de la misión se habían registrado 35.132 bautismos. Gracias a ellos, la población católica en conjunto había pasado de 7.338 a 22.026 católicos que se contaban en 1941. Como hito fundamental estaba la ordenación del primer jesuita carolino, el P. Paulino Cantero que era natural de Ponapé y había celebrado su primera misa en 1940.⁷

La estadística se completaba con otros datos. Para una población indígena por encima de las 52.000 personas, 17.000 eran protestantes que contaban con una larga tradición en las islas (Elizalde Pérez-Grueso 2001, p. 326 y Amorós i Gonell, 2005, pp. 63-64), 14.000 paganos y 22.000 católicos. A estas cifras había que sumarle la población japonesa llegada recientemente. En este sentido, Watanabe ha explicado que la intención del imperio japonés al permitir la entrada de misioneros cristianos, con independencia de la confesión, fue la de “utilizar el cristianismo como herramienta de control social” aunque más tarde comenzara la represión por los nacional-sintoístas japoneses (Watanabe, 2021, p. 350 y 356).

Los misioneros que se ocupaban de la misión de Carolinas durante la II Guerra Mundial, a partir de los datos que hemos venido cruzando eran los siguientes:

⁶ Nos constan sólo 16.

⁷ EAC VII-VIII 1941, 4-5.

Tabla II. Fuente: EAC IV 1943, VII-VIII 1944, I y II 1946 y AGA 82/4992 expdte. 147.⁸

Misionero	Condición	Destino	Edad 1945	Tras la guerra	Llegado 1920
Aguinaco, Agustín	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	62 años		
Ariceta, Juan	Coadjutor	Tokio	47 años		
Arizaleta, Juan	Coadjutor	Lukunor, Mortlok (Carolinas)	76 años		□
Batle, Santiago	Jesuita	Fefén, Truk (Carolinas)	53 años		
Belinchón, Juan	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	54 años		
Berganza, Higinio	Jesuita	Tokio	53 años		
Bizcarra, Juan	Jesuita	Tokio (en Yamaguchi)	37 años		
Blanco, Luis	Jesuita	Kolonia (Yap- Carolinas)	49 años	Desaparecido	
Casasayas, Salvador	Coadjutor	Fefén, Truk (Carolinas)	46 años		□
Cermeño, Antonio	Jesuita	Tokio			
Cobo, Paulino	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	50 años		□
De la Hoz, Marino	Jesuita	Horrear (Palaos Carolinas)	59 años	Desaparecido	□
Espinal, Martin	Jesuita	Lukunor, Mortlok (Carolinas)	61 años		□
Espiella ⁹ , Bernardo de la	Jesuita	Kolonia (Yap -Carolinas)	55 años	Desaparecido	
Espuny, Pedro	Coadjutor	Fefén, Truk (Carolinas)	53 años		
Fernández, Gregorio	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	46 años	Muere de "pulmonía", IX 1945	
Fernández, Quirino	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	45 años		
Gogenola, José Mauricio	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	68 años		□
Hernández, Elías	Jesuita	Horrear (Palaos Carolinas)	65 años	Desaparecido	
Hernández, Faustino	Jesuita	Toloas, Truk (Carolinas)	54 años		
Hernández, Fernando	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	43 años	Muerte natural	
Hernández, Francisco	Coadjutor	Kolonia (Yap- Carolinas)	58 años	Desaparecido	
Herreros, José	Jesuita	Tokio	51 años		
Lasquibar, Ramón	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	75 años		
Martín, Cipriano	Coadjutor	Lukunor, Mortlok (Carolinas)	62 años		
Ocina, Pedro	Coadjutor	Tokio	37 años		
Oroquieta, Gregorio	Coadjutor	Saipán (Marianas)			□
Pons, Juan	Jesuita	Rota (Marianas)		Muerte natural, 23 III 1944	
Santana, José	Coadjutor	Toloas, Truk (Carolinas)	49 años		
Tardío, José María	Jesuita	Saipán (Marianas)			
Timoner, Miguel	Coadjutor	Rota (Marianas)	53 años	Asesinado, VI 1944	

8 Los cuatro misioneros de Truk se habían unido a los de Mortlok a principios de junio de 1943 y los HH. Arizaleta y Casasayas, de Truk y Mortlok respectivamente, se habían trasladado a Ponapé con la ayuda de "un buen católico japonés militar". EAC II 1946, 7

9 La escritura del apellido presenta variaciones con frecuencia.

Villar, Emilio	Coadjutor	Horreor (Palaos- Carolinas)	62 años	Desaparecido	
----------------	-----------	-----------------------------	---------	--------------	--

3. LA GUERRA EN LA MISIÓN

En la primavera de 1941, la revista informaba a sus lectores de que “por razones que no es del caso explicar”, a los misioneros se les venía impidiendo desde 1939 el acceso a las “cristiandades en las islas del Este y Oeste de Yap”.¹⁰ En diciembre de 1941, a partir del ataque a Pearl Harbor, los japoneses tomaron la isla de Guam en las Marianas y comenzó una escalada que le llevaría a apoderarse también de Filipinas. La toma de Guam supuso la expulsión de los misioneros capuchinos estadounidenses a los que *El Ángel de Carolinas* llamó “yanquis”. Ciertamente, los nipones venían previamente fortaleciendo sus posiciones

“y fortificando las principales islas de los siete archipiélagos que forman nuestra Misión, en las Marianas, Carolinas y Marshall, donde los misioneros seguían trabajando con sus cristiandades lo poco que podían, habiendo tenido que ceder sus casa e iglesias a las tropas de guarnición y acabando por ausentarse de algunas islas con las Misioneras¹¹, como sucedió en la de Fefén, del archipiélago de Truk”.¹²

Sin embargo, la información que sobre ello se dio mientras sucedía era mucho más escueta. En septiembre de 1942 se habían recibido cartas del último trimestre de 1941, lo que indicaba que estaban “interrumpidas las comunicaciones postales y sólo circulan cablegramas o cables entre España y el Japón”.¹³

Los misioneros se comunicaban por radio con la Procura establecida en Tokio y desde ella, el P. Higinio Berganza, superior de la Misión, procuraba el envío todos los meses de algún cablegrama. Para septiembre de 1942, el último recibido era del Administrador Apostólico afín a los nipones y era transcrito así:

“P. Martín Palma. Jesús del G. Poder, 48. Sevilla. Nuestros misioneros continúan en las islas trabajando cuanto es posible ahora y sacrificándose por sus cristiandades como verdaderos héroes y como santos; pero para seguir esa vida de sacrificio necesitan también del socorro espiritual y material de nuestros bienhechores. Confiamos mucho en las oraciones de cuantos conocen y aman a la Misión. Joaquín Miyoichi Ideguchi, A.A. de Carolinas”.¹⁴

En diciembre de 1942 Berganza confirmaba que “sabemos muy poco” de los misioneros, por los que no podía hacer otra cosa que no fuera rezar. El administrador

¹⁰ EAC III-IV de 1941, 1-4.

¹¹ Se refiere a las Mercedarias Misioneras de Bériz, que apoyaban la labor de los jesuitas en la misión.

¹² “La guerra en la Misión”, EAC segunda edición VII-VIII 1944, 1-4.

¹³ EAC IX 1942, 6.

¹⁴ Idem.

apostólico de Guam, el capuchino español Mons. Miguel Ángel de Olano, había sido expulsado de su isla y estaba en Tokio con ellos (Rodao, 2005, p. 89).¹⁵

La falta de noticias motivó que en la primavera de 1943 *El Ángel de Carolinas* publicara algunos monográficos sobre las Mercedarias de Bériz o los hermanos coadjutores. Finalmente, en julio y agosto no se publicó ninguna edición. Pasado el verano llegó una carta de Berganza escrita el 31 de mayo con noticias, aunque “no sean estas tan buenas como deseamos” debido a que vivían “días tan duros y tan llenos de peligros, en las islas del Pacífico, envueltas en los horrores de esta cruelísima guerra”. Los misioneros estaban aislados, no solo de los contactos con España, sino también de los compañeros de religión de Tokio e incluso “algunos por no permitirles las leyes de la guerra trasladarse a sus puestos de Misión en las islas respectivas”.¹⁶

Confirmó que los de Tokio estaban bien, pero las dificultades de comunicación impedían saber con exactitud de los de las islas. “El P. Pons con sus piernas cada vez peor: para andar tienen que ayudarle; la Comunión la da sentado, le supuran mucho las llagas y aparecen gusanos en ellas. Tampoco se ha curado del mismo mal su compañero de misión, el H. Timoner, aunque no es cosa tan grave”. También suponía que el H. Arizaleta debía estar mal porque ya antes “estaba muy averiado y sufría tanto con sus frecuentes ataques nefríticos”. Berganza agradecía los envíos de dinero en concepto de estipendios de misas, una de las iniciativas más frecuente para el sostenimiento de los misioneros y celebraba especialmente el efecto que tenía la promoción de las misiones en los colegios de España dado que de ello se obtenían importantes donativos y multitud de oraciones.¹⁷

El 9 de septiembre de 1943 Berganza transmitió noticias llegadas a través de la familia del P. Quirino, de Ponapé, en la que se indicaba que los misioneros estaban bien, “con bastante libertad de movimiento para trabajar” y con “suficiencia relativa” de víveres. Menos optimistas eran las noticias relativas a los misioneros de Truk, que “parece que algo pueden trabajar, aunque menos que aquellos; y desde luego padecen más estrecheces”. También contaba entonces que los misioneros de Mortlok fueron en junio de 1943 a reunirse con los de Truk.¹⁸

15 “Carta del Padre Superior de la Misión”, EAC V 1943, 1. Monseñor Miguel Ángel de Olano y su secretario personal Julián Jáuregui fueron expulsados de Guam junto con los norteamericanos tras la conquista japonesa. Fueron refugiados en la Procura de los jesuitas en Tokio y desde allí fueron evacuados. Permanecieron acogidos en Goa, en Bombay y en Australia hasta que Guam volvió a posesión estadounidense. Las gestiones sobre él en AGA 82/ 8902, expedientes 36 y 37. Pudo volver a su isla el 19 de marzo de 1945, “El martirio del P. Dueñas”, EAC IX 1945, 2-3. Sobre su archivo personal, Nagase, 2022.

16 “Cómo están nuestros misioneros”, EAC IX 1943, 1-2.

17 Idem.

18 “Noticias de la Misión”, EAC V 1944, 1.

A comienzos de 1944 los estadounidenses atacaron las Marshall. Allí no tenían los jesuitas misioneros fijos desde hacía tiempo, pero eran enviados a atender aquellas islas los misioneros de Ponapé, que eran los más cercanos. Para entonces tanto este de Ponapé como los archipiélagos de Truk y Mortlok se veían amenazados de forma inmediata (Davidson, 2005, p. 99).¹⁹ Una amenaza que, en realidad, afectaba toda la misión de los jesuitas andaluces:

“Lo que tanto temíamos ha sucedido el pasado mes de febrero: las islas Marshall, las Carolinas del archipiélago de Truk, las islas de Guam, Saipán y Tinian, de las Marianas; Ponapé y Kurai, han sido atacadas y algunas, tal vez, invadidas, en Marshall[...]”.²⁰

3.1. Saipán y Rota

El 15 de junio de 1944 los americanos invadieron la isla de Saipán, de unos 185 km², dentro de la Operación Forager (Davidson, 2005, p. 112). Ambos contendientes se enfrentaron en la ciudad de Garapán y sus alrededores en combates tanto navales como aéreos. La ciudad tenía unos 25.000 habitantes entre los que se contaban “chamorros (que son los naturales de las Marianas) y carolinos (oriundos de otros archipiélagos) y por más de 20.000 japoneses, principalmente okinawas”. La idoneidad de la isla para el cultivo de la caña de azúcar justificaba esta masiva llegada de japoneses que había posibilitado la creación de “fábricas, ferrocarril, comercios, etc.”. Saipán era “la más importante” dentro de la misión, siendo la mayor y más poblada por detrás de Guam y la sede de la administración nipona en las Marianas. Contaba con hospital y escuela. Por su proximidad, además, podía considerarse a Saipán como “la puerta de Japón”.²¹

En Garapán estaban el P. José María Tardío y el H. Gregorio Oroquieta. También había un colegio de Mercedarias. Allí, se decía, “toda la población indígena de esta isla es católica”; de hecho, en 1935 Tardío había afirmado que la isla era la “más evangelizada de la misión” y que funcionaba “como una verdadera parroquia”.²² Próxima a la isla de Saipán estaba la de Rota, con 125 Km² y unos 8.000 habitantes, de los que sólo mil eran indígenas. De esta población oriunda, unos 850 eran católicos. Allí vivió hasta su muerte el P. Juan Pons y permanecería el H. Timoner.²³

El P. Pons murió en la isla de Rota el 23 de marzo de 1944, aunque las primeras noticias en España fecharon su muerte en los primeros quince días de abril. Lo hizo durante la guerra, pero no a causa de ella; sino de la enfermedad tropical que le

19 EAC II 1944, 2.

20 “La guerra invade la Misión”, EAC III 1944, 2 y 7.

21 “Las islas Marianas”, EAC primera versión VII-VIII 1944, 2-3.

22 “En la Misión de Saipán”, EAC IV 1935, 2.

23 “Las islas Marianas”, EAC primera versión VII-VIII 1944, 2-3.

venía aquejando y que le causaba llagas supurantes en las piernas.²⁴ Los jesuitas andaluces conocieron la noticia a través del Ministerio de Exteriores, que recibió un telegrama de Tokio. Pons había sido uno de los fundadores de la misión, habiendo sido su superior primero -sustituyendo al P. Rego cuando fue consagrado obispo de Carolinas- y Pro-Vicario Apostólico después. Había llegado a las islas en diciembre de 1921, con los primeros jesuitas.²⁵

La ciudad de Garapán quedó conquistada por las tropas estadounidenses el 5 de julio de 1944. Allí tenían su residencia principal tanto los misioneros de la isla como las Mercedarias. También se apoderaron de Tanapag, un pueblecito del interior de la isla que tenía iglesia y residencia, pero no tenía misionero propio. Ese mismo día atacaron la isla de Rota, donde había fallecido el P. Pons. Compaginando el avance en Saipán con los bombardeos de Rota y Guam, el día 9 quedó toda la isla, casi arrasada, en poder de los aliados. Fue el consulado de los Estados Unidos en Sevilla quien comunicó que el P. Tardío y el H. Oroquieta estaban a salvo. La pérdida de Saipán supuso la dimisión del gobierno japonés y la formación de uno nuevo dado que había sido la “primera conmoción seria de la guerra”. *El Ángel de Carolinas* cifró en “más de 10.000 soldados” los japoneses que habían muerto “con las armas en la mano y fueron después sepultados por los atacantes”.²⁶

El recorrido por la evolución militar de la guerra en el Pacífico que hacía *El Ángel de Carolinas* en el verano de 1944 destacaba por la visión negativa que sobre los americanos se vertía. Narró que el 30 de julio fueron atacadas por los norteamericanos las islas Palaos, donde estaban los PP. Elías Fernández y Mariano de la Hoz junto al H. Emilio Vilar. Más adelante, escribía literalmente que el 10 de agosto de 1944 “Guam fue ocupada por los enemigos, después de una larga lucha por mar y tierra”. Las conquistas posicionaban bien al ejército norteamericano para futuros ataques. La idea de “enemigo” se mencionaba también al decir que el archipiélago de Yap continuaba amenazado, estando allí los PP. Bernardo de la Espriella y Luis Blanco y el H. Francisco Hernández.

El H. Oroquieta mostraba una imagen muy diferente de “buenos y malos” de la que *El Ángel de Carolinas* había venido mostrando. Si Franco había elaborado su “teoría de las tres guerras” entre 1942 y 1943 (Rodao, 2002, pp. 404-405 y Arasa,

24 En “Como San Francisco Javier. La muerte del P. Juan Pons”, EAC XII 1946, 4-7 se contienen bastantes detalles de la etapa final de la enfermedad, especialmente de dos visitas efectuadas a Saipán con la intención de curarse: la primera un año antes de la guerra y la segunda con esta ya en curso; y de sus horas finales y entierro.

25 “El P. Pons ha fallecido de muerte natural”, EAC, V 1944, 3. Por otra comunicación posterior supimos que el P. Pons asistió el casamiento de un hombre de Saipán con una mujer de la isla de Rota en que se encontraba poco antes de morir. Envío a Saipán una nota comunicándolo e indicando que no había podido celebrar la misa de velaciones por encontrarse ya muy enfermo. El contrayente fue uno de los pocos que asistieron al entierro del padre y ayudó al hermano a construir el ataúd para el cuerpo. EAC IV1945, 1-2.

26 EAC segunda edición de VII-VIII 1944, 2.

2001, p. 75) para ir matizando su inicial apoyo a Japón, los misioneros transmitieron entonces una visión claramente pro-estadounidense del conflicto. Oroquieta escribió “en cuanto nos vimos libres” y explicó cómo habían pasado los últimos meses.²⁷ El 5 de marzo, los japoneses trasladaron al monte a los religiosos y destinaron la casa para los soldados. En el monte estuvieron cerca de las monjas misioneras “que venían todos los días a Misa” al igual que “alguno que otro cristiano” a quien daban permiso las autoridades; pero no eran más de una docena. Lo normal —explicaba Oroquieta— era que en la celebración estuvieran ellos solos. En junio desembarcaron los americanos. Fue entonces cuando la policía japonesa volvió a desplazar a los misioneros y estuvieron vagando 28 días “entre proyectiles”.²⁸

“Llegó por fin el día en que nos libertaron las tropas americanas”. Con esta rotunda expresión daba cuenta Oroquieta del cese de la situación referida. Recordaba que los estadounidenses cesaron el fuego mientras salían de sus escondites. Una vez terminada la batalla, los soldados vencedores condujeron a los misioneros al campamento en automóviles y “enseguida nos curaron, alimentaron y dieron agua (aquella mañana desayunamos con agua salada por no tener otra en la cueva), con una caballerosidad que les honra mucho, pues nos daban su comida y bebida”. Los misioneros pidieron a un capellán católico que iban con las tropas estadounidenses que los bendijera. Oroquieta recordaba que debían ser como un centenar de personas en el grupo.

En el bombardeo falleció una de las hermanas Mercedarias de Bérriz, Hna. Genoveva Gárate, a causa de “un ataque al corazón durante un bombardeo”.²⁹ Otra quedó herida en el pecho por la metralla de una de las explosiones. La información que Oroquieta presentaba de los misioneros de otras islas era que estaban “poco más o menos, como nosotros hemos estado: detenidos, incomunicados”. Tampoco se les permitía la comunicación con el ministro de España en Tokio, ni con el P. Berganza, de quien no recibían noticias desde hacía dos años y cinco que no podían verse.

Sabía por “el japonés” que varios misioneros y las misioneras del Colegio de Fefén, en Truk, habían ido a Ponapé para estar mejor. Pero contaba con muy pocas noticias. Tenía por sabido que los misioneros de Yap y de Palaos “estaban mejor que nosotros, sobre todo en Yap”. A ambos destinos habían enviado harina para hostias, vino para la misa y café. Las letras de Oroquieta terminaban contando el entusiasmo de los nativos de las islas al recibirles de nuevo, libres, y de los soldados americanos “queriendo captar con sus máquinas fotográficas y films” aquellos momentos.

27 “Noticias de Saipán”, EAC X 1944, 1-3.

28 Esta información coincide con la recopilada por un capellán militar estadounidense que elaboró una síntesis de los “padecimientos sin cuento” que habían vivido los misioneros en Saipán “durante años de ocupación japonesa”. Parece provenir de la *Revista Católica* de Texas y fue publicado en EAC V 1945, 7.

29 Así lo confirmó la Madre María Mercedes González Quintana en EAC I 1945, 3.

Las letras de Oroquieta se publicaron junto a unas letras del P. Tardío que insistió en que “no sabemos cómo pagar a los americanos cuanto por nosotros han hecho y el cariño con que nos tratan. Las MM. y nosotros comemos como los oficiales; tenemos toda la libertad para todo. Más aún, en algunas cosas tenemos más comodidad que los mismos oficiales”.³⁰

Como se ha indicado, la isla de Saipán fue completamente ocupada por los americanos el 9 de julio de 1944 tras un mes largo de lucha. Se salvaron los misioneros de la muerte, pero el ejército japonés fue aniquilado y una parte importante de la población civil pereció víctima de los bombardeos.

El 11 de agosto firmó el P. Tardío una carta con noticias sobre la misión dirigida a sus hermanos Juan y Julia. En ella volvía a destacar la labor de los norteamericanos:

“Cada día nos colman de regalos y tenemos absoluta libertad para practicar todo lo de religión y demás; los chamorros están contentísimos del cariño con que los tratan todos; tenemos misa cada día en una capilla que nos han levantado en el Campamento; bautizo, confirmo, confieso, caso, entierro... Todo lo hago en la capilla”.³¹

La mercedaria M. María Mercedes González Quintana añadía un dato revelador: “tuvimos la gratísima sorpresa de ver que la inmensa mayoría de nuestros libertadores eran católicos”. También eran católicas algunas enfermeras americanas que les habían visitado y “regalado muchas cosas indispensables”.³²

Aunque inicialmente parco en sus letras, el P. Tardío fue muy prolífico en sus cartas después de recuperarse. En todas ellas insistía en el positivo cambio de dominadores de la isla. En mayo de 1945 comunicó haber recibido la visita de Monseñor Wade, obispo norteamericano, y escribió que los norteamericanos “han hecho, en varios meses, mucho más que los japoneses en treinta años”. Significativamente, sintetizaba la nueva situación con la frase: “la verdadera libertad ha sustituido a la tiranía”. Y añadía: “En Europa no se conoce aún al Japón; poco a poco se va descorriendo el velo”.³³

El 2 de octubre de 1945, acabada la guerra, el P. Tardío podía “decir más y con claridad” en una carta porque ya no había censura. Aludió entonces a desplazamientos de población: “se ha aumentado mucho el trabajo porque estos bonísimos americanos han traído de todas las islas a los nativos de aquí, que estaban explotando los japoneses”.³⁴

El agotamiento acusado por los misioneros tras la guerra justificó que Tardío acudiese una vez en semana al hospital a pasar unas revisiones. De las mercedarias

30 Postdata del P. Tardío a la carta de Oroquieta y publicada con ella.

31 EAC XI 1944, 1.

32 EAC I 1945, 3.

33 EAC VII-VIII 1945, 4.

34 “Otra carta de Saipán”, EAC XI 1945, 3.

tanto la superiora como la M. Pía no habían podido reponerse aún de lo sufrido durante la guerra, de forma que el médico director de los americanos había dispuesto que fueran trasladadas a Hawai para poder ser atendidas allí. Salieron de Saipán el 15 de diciembre de 1945.³⁵

En Rota permaneció, tras la muerte del P. Pons, el H. Miguel Timoner. Padecía la misma enfermedad que había padecido el padre. El 15 de septiembre de 1945 el P. Tardío comunicó desde Saipán que acababa de conocer que el H. Timoner había sido asesinado por los japoneses hacía unos diez meses. Tardío se proponía ir a Rota para atender a los más de setecientos chamorros que necesitaban sacerdote para confesarse, casarse... Para ello había pedido la autorización de desplazamiento a las autoridades. A decir del capellán norteamericano que le había comunicado a Tardío la noticia, los chamorros eran “muy devotos católicos”, “gente muy cariñosa, abnegada y sufrida, y de una fe muy profunda y sólida”. Incluso había un “muchachito, nativo, que quiere estudiar para sacerdote”. La carta de James J. Deasy (USNR) fue transcrita “porque ya no hay censura”.³⁶

El asesinato del H. Timoner tuvo lugar en junio de 1944. Junto a él fueron asesinados cinco chamorros cristianos. A todos ellos, torturados antes de darles muerte, los consideraba Tardío “mártires de la fe, aunque hayan muerto por ser extranjeros”, evidenciando que la muerte no era exclusivamente por razones religiosas. Añadía: “los nipones nos odian a todos desde muy antiguo”.³⁷ A partir de las informaciones que transmitieron las Fuerzas Navales americanas, uno de los chamorros ejecutados con el H. Timoner fue Ignacio Cruz. Los restos de los dos fueron trasladados desde su primitivo emplazamiento a nuevas sepulturas en el cementerio católico de Tatacho (Rota).³⁸

3.2. Japón

En Tokio había cuatro padres y dos coadjutores al comienzo de la guerra. Estaban instalados en una Casa Procura situada cerca del palacio imperial que hubieron de abandonar. En septiembre de 1944, el P. Berganza y el P. Herreros fueron junto al H. Ariceta a Karuizawa; mientras que el P. Cermeño y el H. Ocina fueron a Matsumoto. El P. Bizkarra estaba desde hacía más tiempo en Yamaguchi. La casa Procura fue demolida por el Gobierno nipón dentro de una estrategia de defensa de la capital, pero indemnizando con 60.000 yenes a los jesuitas.

35 Carta del P. Tardío a sus familiares, EAC II 1946, 7.

36 “El H. Timoner, misionero de Rota (Marianas) murió a manos de los japoneses”, EAC XI 1945, 1-2.

37 “Noticias de Rota, Yap, Palaos y Truk”, EAC I 1946, 3.

38 “Informe sobre la muerte de nuestros misioneros de Rota (Marianas) Yap y Palaos (Carolinas)”, EAC III 1947,6-7,

Desde la Procura de Japón habían intentado sostener la labor de los misioneros cuanto se pudo enviando lo necesario y manteniendo correspondencia. Llegado un punto fue imposible. Un día fue detenido el H. Juan de la Cruz Ariceta por haberse entrevistado con un oficial de barco para confiarle un paquete con harina y cartas para Ponapé y Truk. Más de una semana estuvo recluido mientras le sometían a vejaciones para que apostatase. Al final le liberaron: “algo se repuso, pero quedó muy aplanado”.³⁹

En octubre de 1945 ya era cierto que “todos los misioneros jesuitas de Japón se habían salvado”.⁴⁰ Berganza solicitó permiso al mando americano para poder viajar a Saipán y, si fuera posible, al resto de archipiélagos. Era consciente de que: “no encontraré ya a aquellos mis queridos padres y hermanos de Palaos, Yap y de Rota... Pero veré de recoger lo que pueda de ellos: visitaré sus sepulcros venerandos y recogeré la noticias que pueda acerca de su muerte gloriosísima”. Esperaba poner de nuevo en pie la misión de Carolinas, para lo que había que preparar gente, “pero que aprendan inglés”.⁴¹

3.3. Mortlok

En diciembre de 1945 se supo que los misioneros de Mortlok se habían salvado. Se encontraban en la isla de Udot, a donde habían sido trasladados por los japoneses desde Toloas, ambas en Truk. Ese traslado les permitió salvar la vida, porque Toloas quedó destruida. Como se indicó, en junio de 1943 los misioneros de Mortlok se unieron a los de Truk⁴², mientras que los HH. Arizaleta y Casasayas, de Mortlok y Truk respectivamente, se habían trasladado a Ponapé con la ayuda de un católico japonés militar.⁴³

Desde Udot escribió el P. Espinal el 27 de febrero de 1946:

“[...] Las hemos pasado negrillas; porque, lo primero, los japoneses nos sacaron de Lukunor, archipiélago de Mortlok, dejando capilla, escuela y casa de misión abandonadas, que luego incontinenti [*sic*] desaparecieron con las bombas para hacer unos caminos”.⁴⁴

Instalados primero en Toloas, allí también fue destruida la iglesia y la casa. Finalmente fueron a Udot, en el mismo archipiélagos, menos atacada por la guerra.

39 Carta del P. Berganza al P. Martín Palma de 16 de diciembre de 1945, escrita desde Saipán, EAC II 1946, 2.

40 EAC X 1945, 2.

41 “Odisea de nuestros misioneros en Tokyo”, EAC II 1946, 1.

42 Carta del P. Tardío a sus familiares, EAC II 1946, 7.

43 Nota de la Procura a la carta del P. Tardío a sus familiares, EAC II 1946, 7.

44 La carta se publicó con el epígrafe “Un cambio favorable”, EAC X 1946, 3-4.

Allí permanecieron incomunicados con la gente y vigilados. Acabada la guerra, el P. Espinal podía escribir significativamente:

“[...] los japoneses se han ido ya y nosotros nos hemos hecho americanos. ¡Ahora que vengan a tosernos! [...] ¿Quién habrá que quiera a estos japoneses? Es difícil, porque sus obras eran también difíciles y hacían sufrir mucho. En cambio, ahora los americanos han visto nuestra pobreza y lo que hemos sufrido, y nos han vestido, nos han dado de comer, camas y no sé cuánto más con verdadero interés y caridad; yo de mi parte, no quiero sino trabajar todo lo que pueda para que todo les vaya muy bien. El sueño de estas gentes era ser americanos, y al fin Dios se lo ha concedido y están contentísimos”.

Espinal concluyó sus letras diciendo no saber cuánto tiempo estaría en Udot ni si volvería finalmente a Lukunor, en Mortlok..

El 25 de abril volvió Espinal a darse a las letras desde Udot dirigiéndose a Tardío, que ya conocía los detalles de lo vivido por los misioneros de Mortlok. Le contó que la capilla, la casa del padre y la escuela fueron destruidas “a bombazos” para hacer unos caminos. “Allí no hay nada y no nos han retribuido nada, que sepamos hasta la fecha, y con eso estamos que no sabemos cuándo podremos volver allá, porque las comunicaciones no están definidas del todo”. El P. Espinal confesó también a Tardío que no estaba estudiando el inglés porque no pensaba que los estadounidenses fueran a instalarse en Lukunor, que era su destino. Pidió que enviasen a Udot “lo que les parezca” porque “nada nos será superfluo”. Terminó con un cierto reproche a la situación de aislamiento en la que iba a quedar España tras la guerra: “mil recuerdos a todos los buenos americanos que nos aman y no desconfían de nosotros”.⁴⁵

3.4. Palaos

El 31 de octubre de 1945 el P. Berganza informó de que un “nativo escapado de Palaos dijo que el 15 de enero de 1945 los japoneses habían asesinado a los padres Elías, Marino, Espriella y Blanco y a los HH. Francisco Hernández y Emilio Villar”.⁴⁶ En noviembre de 1945 estaba fechada una carta del H. Oroquieta en la que se notificaba que todavía entonces no habían tomado posesión del archipiélago de Palaos los estadounidenses, que esperaban primero —según se decía— la salida de los nipones.⁴⁷

Hasta julio de 1946 Oroquieta no pudo ser más concreto. Su fuente fue Vicente Sánchez, chamorro de Yap que estaba en Palaos. El 23 de julio de 1944 los misioneros de Yap fueron trasladados a Palaos. Sánchez fue a visitarlos la primera noche, a pesar

45 “Carta del P. Espinal al P. Tardío”, EAC XII 1946, 3.

46 “Odisea de nuestros misioneros en Tokyo”, EAC II 1946, 1.

47 Carta de Gregorio Oroquieta al P. Martín Pala de noviembre de 1945, EAC I 1946, 3.

de la prohibición. Estaban presos en un edificio que había sido el cine de Korreor. Los misioneros de Yap pidieron que avisaran a los que estaban en aquella isla de que estaban allí recluidos. Sin embargo, los de Palaos también estaban retenidos. Pocos días después sacaron de su casa a los de Palaos y los llevaron con los de Yap, ubicándolos juntos “en una casita de Korreor”. Poco tiempo después, Vicente Sánchez vio que iban “en un auto de carga conducidos por los gendarmes japoneses”. Pidió permiso a los vigilantes y pudo hablar en lengua de Yap con el P. Bernardo de la Espriella, que le dijo que los llevaban a Gaspán, el lugar de la isla donde estaba el almirante. Vicente prometió visitarles en cuanto pudiese, pero no pudo cumplir su palabra a causa de la guerra.

Sobre las muertes informó en febrero de 1946 Vicente Untalán, cuñado de Agapito C. Hondonero que era empleado del observatorio meteorológico de Filipinas en Yap: “los mataron los ‘kempetai’ -policía militar- no lejos de Gaspan”. Los incluyeron en un grupo entre los que estaban dos niños pequeños. Les apartaron como un tiro de piedra y de repente notaron que ya los niños no chillaban. Los religiosos pidieron un poco de tiempo para rezar, y se lo concedieron, matándoles los últimos. Fueron decapitados según había contado a Vicente Untalán un natural de Palaos que pudo ser testigo, aunque todavía no había podido ir nadie al lugar en que estaban los cuerpos debido a que permanecían allí japoneses armados que no querían entregarse.⁴⁸ Respecto de eso, la represión sobre los nipones debió ser lo suficientemente contundente para que Oroquieta escribiera a renglón seguido:

“[...] Sin duda que ya no habrá tal peligro, a juzgar por lo que pasó aquí; y en esto hay que hacer justicia en favor de los americanos, que han sido muy indulgentes con los que no querían entregarse, y no los mataban si se entregaban, invitándoles a ello por escrito, por altavoces y prisioneros japoneses que enviaban para convencer a los reacios”.

La información es coincidente con la que el 20 de octubre de 1946 el P. Berganza pudo transmitir, obtenida del indígena Indalecio Rudim. En el mes de agosto de 1944 los soldados y la policía militar (M.P. -Kenpei) salieron de Koror (Korreor) para Babeldaob, la isla mayor de las Palaos. Con ellos se fueron los nativos. Los padres de Palaos y los de Yap junto con la familia filipina del empleado del observatorio meteorológico de Manila en Yap marcharon también a Gaspán, un sitio de Babeldaob. Sobre el martirio, utilizaba como fuente el testimonio de Ngiratmethubl, un muchacho que trabajaba con los policías. Este joven informó que el 18 de septiembre de 1944, a las seis de la tarde, los policías militares (Kenpei) fueron a matar a los padres.

48 Carta del H. Oroquieta de 10 de julio de 1946, EAC IX 1946, 2-3.

“[...] cuando llegaron al sitio donde van a matarles, los padres estaban rezando hasta que murieron; pero los dos niños estaban llorando, luego los mataron enseguida; pero ellos estaban esperando a los padres hasta que han acabado la oración”.⁴⁹

No se había podido todavía localizar el lugar donde estaban enterrados los cuerpos, pero Berganza daba credibilidad a las palabras del indígena porque le había entregado unos anteojos encontrados entre los restos quemados del lugar donde fueron asesinados y Berganza los pudo reconocer como los anteojos del P. Marino de la Hoz.

El Ministerio de Asuntos Exteriores envió un informe de las gestiones realizadas para averiguar con certeza el destino de los misioneros de Palaos, Rota y Yap que fue publicado por *El Ángel de Carolinas* en los números de febrero y marzo de 1947. La información no presentaba novedad respecto a las informaciones que habían venido siguiéndose de la correspondencia. En síntesis, los japoneses aseguraban haber evacuado a los misioneros en el “Nanshin Maru” a Davao en septiembre de 1944; mientras que los testimonios de los indígenas decían que los misioneros habían sido asesinados. En cuanto al P. Elías Fernández, un informe de un pastor protestante indicaba que había muerto en septiembre de 1944 a causa de una enfermedad del estómago.⁵⁰

Acabada la guerra llegaron noticias de la confesión de Miyazaki San, que había sido jefe de la policía militar de Palaos. Declaró en la cárcel de Sugamo (Tokio) que eran los responsables de la muerte de “los japoneses, indonesios, americanos, misioneros y nativos matados aquí durante la guerra”. Después de la confesión se suicidó.⁵¹

3.5. Ponapé

En septiembre de 1945 se supo de la muerte, por causas naturales, del H. Fernando Hernández. Podía suponerse entonces que el resto de los que estaban en Ponapé estaban a salvo, incluidas las misioneras mercedarias.⁵² El H. Hernández había muerto de enfermedad apenas tres días después de la llegada de los americanos a la isla. El P. Quirino “ya le había leído la recomendación del alma”; pero una vez llegados los estadounidenses, el jefe de las fuerzas mandó dos médicos de los buques

49 “Carta de un indígena de Palaos, sobre la muerte de los Padres Elías Fernández, Marino de la Hoz, Bernardo de Espriella y Luis Blanco; y de los HH. Emilio Villar y Francisco Hernández”, EAC I 1947, 4.

50 “Informe oficial sobre la muerte de nuestros misioneros de Rota (Marianas) Yap y Palaos (Carolinas)”, EAC II 1947, 8 y 7.

51 “Sobre los mártires de Palaos”, EAC XI-XII 1947, 4. La información es coincidente con AGA 82/8332.

52 EAC XI 1945, 1.

para atender al moribundo: “tres días estuvo el Dr. a su lado, tratándole con cariño de madre, solicitud de médico y generosidad y esplendidez americana”.⁵³

El resto de misioneros de la isla estaban bien. La capital, Colonia, estaba “arrasada, la mayor y mejor parte, por las tropas japonesas”. Las otras misiones, Kiti, Tameroi y Awak “estaban en pie, pero sin ajuar ninguno”. Quirino era contundente:

“[...] Necesitamos urgentemente normas sobre nuestra futura actuación. Estamos faltos de todo, excepto en ornamentos de Iglesia, que conservamos lo suficiente. Dinero tendremos muy poco con el cambio, si es que se puede cambiar. Las autoridades nuevas se muestran diferentísimas. Estamos con la impresión de pasar de la noche al día. Que dure...”⁵⁴

En Ponapé, además de los misioneros de allí salvos, estaban el H. Arizaleta, llegado desde Mortlok, y el H. Casasayas desde Truk. Por parte del P. Quirino Fernández, las informaciones desde Ponapé sobre la nueva situación tras la conquista estadounidense coincidían en la alabanza de los americanos.⁵⁵ A los dos días de su llegada pudieron comulgar gracias a la “finísima harina” que les surtieron. La emplearon por primera vez en la celebración de una misa de campaña dedicada al Sagrado Corazón. Asistieron a ella “muchos cristianos y parte de la tripulación americana que también se acercó a comulgar”. Las atenciones de los soldados estadounidenses se prodigaron en raciones de comida que incluían galletas, queso, chocolate, paquetitos para hacer sopa, latas de conserva e incluso cigarrillos.⁵⁶

En cuanto al estado de la misión, tras la guerra era preciso comenzar de nuevo. “Y no precisamente por causa de las bombas...”. Para hacerlo, se necesitaba al menos un padre que dominara el inglés y algunos víveres, como el arroz. Los misioneros estaban acostumbrados a la escasez, vivida en la ausencia de zapatos y la celebración de la misa sólo los domingos debido a la falta de harina para hostias y de vino para consagrar.

Tiempo después, el P. Quirino explicó que habían tenido desde muy temprano la sensación de que los americanos habían tomado Ponapé como “conejillo de Indias donde ejercitaban sus habilidades los noveles aviadores”. Lo recordaba a la par que “el ambiente de sospecha, de odio y de desprecio” en que vivían por parte de los nipones, con la permanente sensación de que andaban buscando cualquier pretexto para eliminarles. A pesar de todo ello, creía que la Providencia les había permitido celebrar misa públicamente todos los domingos, exhortar a los cristianos

53 “Los misioneros de Ponapé se han salvado”, EAC XI 1945, 3. La comunicación oficial del fallecimiento a través del embajador de España en Washington también aparece publicada. El relato sobre la muerte del H. Hernandez coincide con una carta del P. Quirino Fernández de 12 de octubre de 1945, EAC XII 1945, 2.

54 Ídem.

55 “Como viven en Colonia de Ponapé nuestros misioneros”, EAC XII 1945, 2.

56 “Como ha quedado la misión de Ponapé”, EAC I 1946, 1.

al cumplimiento de sus deberes aún por encima del poder civil, mantener un gobernador civil “caballero” y un jefe militar “sensato que nos defendieron contra exigencias sectarias de maestros, policías y soldados”.⁵⁷

El P. Quirino continuó enviando una serie de cartas que describían con detalle lo vivido durante el dominio nipón, y cómo perdieron la libertad de actuación plena desde 1941, les fue incautada la iglesia y comenzaron las reservas de los militares nipones a la celebración de la misa en el colegio de las mercedarias, adonde se trasladaron.⁵⁸

3.6. Truk

El 12 de diciembre de 1941 el H. Hernández fue llevado a la cárcel. El día siguiente le siguió el H. Casasayas y el 28 del mismo mes el P. Batle y el H. Espuny.⁵⁹ Sólo quedaron libres las monjas y el H. Santana, que les llevaba la comida. El día de Navidad de 1941 permitieron que el P. Hernández fuera a decir misa, volviendo luego al calabozo. El 20 de febrero fueron liberados el P. Batle y el H. Espuny; el 22 lo fue el H. Casasayas. El 10 de marzo soltaron al P. Faustino Hernández, pero se lo volvieron a llevar el 8 de junio y no lo volvieron a liberar hasta el 17. Aquel día todos los misioneros abandonaron su posición para ir a vivir a una casa que habían preparado en Toloas. Allí fueron reclusos junto con los misioneros que estaba en esa isla. Un año después se incorporaron los de Mortlok. No podían visitar los pueblos ni las otras islas, pero los cristianos podían acudir a su casa e iglesia.⁶⁰

El P. Batle explicó las características de la celda.⁶¹ “Nuestro aposento era el más deseado, de ordinario estábamos los cuatro con dos de los otros amigos”. Las condiciones del cautiverio fueron mejorando a partir de una visita del juez efectuada a los veinte días de reclusión, en la que les autorizó a pedir lo que quisieran menos la libertad. Aprovecharon para solicitar ducha cada dos días, mosquiteras y colchonetas. Lo concedieron todo siempre que la ropa fuera propia de ellos. Batle contó que “dos veces trajeron mujeres non sanctas” que se ubicaban en uno de los aposentos y se reunían los varones en los otros dos. “¡Qué calor! A las horas de comida y limpieza,

57 Carta del P. Quirino de 22 de julio de 1946 en “La odisea de Ponapé”, EAC X 1946, 2.

58 “La odisea de Ponapé”, EAC XII 1946, 1-2.

59 Tanto el P. Batle como el H. Santana llevaron sendos diarios de lo ocurrido, cuyos datos coinciden salvo por algún día de margen. “Diario interesante del P. Batle, misionero de Fefén”, EAC VII-VIII 1946, 4-5. El P. Batle sitúa la detención del P. Hernández, de Toloas, el 13 de diciembre, y la del H. Casasayas el 14 de diciembre de 1941.

60 Los datos del diario aparecen citados en una carta del H. Santana al P. Tardío de 21 de diciembre de 1945, publicada en EAC III 1946, 2. Se completan con las noticias de Batle en carta de 11 de noviembre de 1945, EAC IV 1946, 2.

61 El diario de Batle fue publicándose en diferentes números desde 1946. “Diario interesante del P. Batle, misionero de Fefén”, EAC IX 1946, 6.

todos estábamos indistintamente, en promiscuación ¡Qué humillación la nuestra!... entre gente non sancta”. La comida la traía preparada el H. Santana.⁶²

El H. Casasayas se trasladó a Ponapé. Las Mercedarias lo habían hecho el 27 de septiembre de 1942.⁶³ Los ataques a Truk empezaron el 17 de marzo de 1943. Era una base naval nipona que fue ferozmente atacada por la aviación aliada. El 16 de febrero de 1944 se produjo un potente ataque estadounidense. “A medianoche del mismo día 16 nos llevaron a todos a un montículo, sin nada de refugio. Por la tarde del 17 se retiraron. Dijeron después los naturales que si hubieran entrado los americanos los japoneses civiles iban a matar a sus mujeres e hijos, a todos nosotros y después se matarían ellos. Gracias a Dios que no entraron”. En torno al 20 de marzo empezó un bombardeo estadounidense, que contaban que duró hasta cuarenta noches seguidas. Ante esta situación, pidieron a las autoridades el traslado a la isla de Udot, donde permanecieron. Seguían presos, pero ya contaban con algún contacto entre la población.⁶⁴

Allí sufrieron “hambre, peligros inminentes de vida y pobreza”, “sin aceite, ni pan, ni pescado, ni carne”. Males que fueron comunes a la población, entre la que hubo muchas muertes.⁶⁵ El P. Batle enfermó de diarreas y fue atendido por un médico japonés que pudo cortarlas. El H. Espuny fue operado de hernia y apendicitis.⁶⁶

El 18 de agosto de 1945 un natural les comunicó el fin de la guerra, pero hasta el 3 de octubre no comenzaron a entrar los americanos en Toloas. Al hacerlo, contactaron pronto con los jesuitas. El 10 de noviembre los estadounidenses les dieron una importante donación de comida, que les duró casi un mes. Un mes más tarde fueron trasladados a Wola, llamada Moen por los americanos, el P. Hernández y el H. Santana. El primero tuvo que hacer de capellán para los soldados católicos, que eran más de quinientos. Para el 21 de diciembre estaba previsto que el P. Batle y el H. Espuny pasaran a Fefén y luego habrían de ir a Mortlok el P. Espinal y el H. Martín. El H. Santana sintetizaba:

“[...] Menos en una isla, en todas hemos quedado sin casa ni iglesia. Comida no tenemos casi nada; nosotros comemos en el campamento con los soldados. A los otros creo que les han dado un poco de arroz. Vestidos, lo puesto, y ya viejo; servicio de casa, cocina y comedor, casi nada”.⁶⁷

62 “Diario interesante del P. Batle, misionero de Fefén (continuación)”, EAC X 1946, 7.

63 Carta del P. Bartle de 11 de noviembre de 1945, EAC IV 1946, 2. Retrasa el traslado de Casasayas a Ponapé al 6 de octubre de 1943.

64 EAC III 1946, 2-3.

65 Carta del P. Faustino Hernández al provincial de Sevilla, de 10 de noviembre de 1945, EAC III 1946, 2.

66 Carta del P. Faustino Hernández, EAC IV 1946, 2.

67 EAC III 1946, 2-3.

Todos estos datos podían confirmarse con las noticias que el P. Hernández envió a sus hermanas en Badajoz. Escribió desde Wola (Moen para los estadounidenses) el 21 de diciembre de 1945. Allí habían instalado la dirección general y capital de Truk. Antes, el P. Hernández estaba en Toloas, que los americanos llamaban Dublon. A su encarcelamiento inicial hubo se sumarle la privación posterior de comunicación con los naturales y la carestía. Insistía en la “caballerosidad, respeto y amabilidad” de los americanos y el contraste con el “destrazo moral” que había causado el dominio japonés a las cristiandades. Los estadounidenses le habían escogido como capellán para los soldados católicos. Daba por ciertas las muertes de los misioneros de Yap y Palaos además de los de Rota. Entre ellos se contaba “nuestro amadísimo hermano Francisco”, pero no tenía noticias ciertas para poder dar más detalles. No había querido hablar de la muerte de su hermano en la carta que escribió a su madre, pero pedía a sus hermanas que le dieran la noticia.⁶⁸

Las letras finales del P. Hernández fueron para celebrar que comenzaban a llegar algunos periódicos, dado que habían estado sin noticias de Occidente desde 1940 y hasta noviembre de 1945, salvo por las que les transmitían algunos nativos. Lamentablemente, entre las noticias que habrían de llegarle estaba la muerte de otro de sus hermanos, el P. Fernando Hernández, misionero en Ponapé. Se trataba de una familia con muchas vocaciones, dado que a los que estaban en Carolinas se añadían dos hermanas carmelitas descalzas y otra clarisa. En ellas quería confiar la tarea de comunicar a su madre el fallecimiento de los hermanos misioneros en Carolinas. Con todo, es llamativo el final de la carta del P. Faustino Hernández que concluía: “Mucho encomiendo los asuntos de España; pues por lo poco que leo en la prensa de aquí, se ve que los rojos no duermen”.⁶⁹

Sobre la continuidad de la misión tras la guerra, el P. Batle fue muy claro: “no sabemos si continuaremos aquí”. Había preguntado a las autoridades, pero no les daban información cierta. Además, en el caso de Truk, casi en la mitad de noviembre de 1945 todavía no habían partido los japoneses ni llegado los estadounidenses. Permanecían más de 20.000 japoneses en las islas –según los datos del padre- y los americanos estaban en barcos anclados que rodeaban la isla. Hasta entonces, sólo habían podido entrevistarse con los nuevos mandos en un encuentro de unos diez minutos en la primera visita oficial. A pesar de ello, de los vencedores esperaban “el aguinaldo de Navidad que nos mandan: arroz, conservas, leche, tabacos”. Todo ello para misioneros, japoneses e indios que en total debían ser unos 40.000 mil.⁷⁰

68 Carta del P. Hernández a sus hermanas, EAC III 1946, 3. Finalmente, la madre del P. Hernández había muerto: Carta de 28 de octubre de 1946, EAC I 1947, 2.

69 Carta del P. Faustino Hernández, EAC IV 1946, 2.

70 Carta del P. Bartle de 11 de noviembre de 1945, EAC IV 1946, 3.

3.7. Yap

En noviembre de 1945 se habían recibido en Saipán noticias de la muerte de los PP. Luis Blanco y Bernardo de la Espriella y del H. Francisco Hernández, pero aun sin confirmación.⁷¹ Un capellán de Yap informó que hacía más de un año que los PP. Espriella y Blanco y el H. Francisco Fernández habían sido llevados detenidos a Palaos; pero los soldados americanos no habían encontrado en Palaos misioneros católicos.⁷²

El 18 de enero de 1946 se dirigió al Padre Provincial de Andalucía desde Manila un informe en que se aportaban noticias de la suerte de los misioneros de Yap y Palaos. Firmaba el jesuita Miguel Selga, que no pertenecía a la misión, pero cuyo conocimiento del inglés le había permitido las averiguaciones a partir de conversaciones con el P. Coggigan, de la provincia de Oregón. Éste era un capellán castrense de Guam llegado a Manila. Había estado por más de cinco meses en Saipán, Guam, Tinian, Korreor y Pelilon. Este jesuita confirmó que nadie había visto desde octubre de 1944 a Elías Fernández, Marino de la Hoz, Emilio Villar, Bernardo de la Espriella, Luis Blanco ni a Francisco Hernández. Los oficiales japoneses explicaban que “todos fueron deportados de la isla de Korreor a la de Babelthuap [Palaos] el 26 de julio de 1944, y más tarde puestos a bordo del barco ‘Nashing Maru’, que se hizo a la vela para Davao el 5 de septiembre de 1944”. Esta versión era completamente opuesta a la de los naturales de Palaos, que aseveraban que los misioneros no habían salido de la isla, sino que fueron asesinados por los japoneses. Los soldados estadounidenses daban credibilidad a la versión de los naturales. El P. Selga no había conseguido averiguar nada del ‘Nashing Maru’ y también se inclinaba a considerar que los misioneros habían muerto a manos japonesas. Fue también la suerte que había corrido Agapito C. Hondonero, natural de las islas Batanes (Filipinas) pero residente en Yap, donde se había casado, y que se ocupaba de una estación meteorológica instalada allí que aportaba información a Filipinas. Este hombre ayudaba con frecuencia a los misioneros y estaba incluido en una lista elaborada por los japoneses con las personas que convenía a “a todo trance” eliminar. El P. Selga consideraba que Agapito “en la vida y la muerte acompañó a los misioneros de Yap”.⁷³

4. CONCLUSIONES

La historia de la misión de los jesuitas en las islas Carolinas, que comprendió también a las Marianas y las Marshall, prolonga la relación de España con las islas de la Micronesia más allá de la pérdida del imperio colonial; aunque con unas motivaciones estrictamente religiosas. Si bien el imperio japonés había permitido la

71 “Relación de misioneros. Lo que sabemos de cada uno”, EAC XI 1945, 7.

72 “Noticias de Rota, Yap, Palaos, Tokio y Truk”, EAC I 1946, 3.

73 “Informe sobre la muerte de los misioneros de Yap y Palaos”, EAC III 1946, 5-7.

llegada de jesuitas españoles a la Micronesia como medio para asegurar el control social, no fue esta una prerrogativa exclusiva del catolicismo y tampoco limitó la persecución sobre los religiosos y su actividad durante la Guerra del Pacífico, que terminó con la muerte de 10 jesuitas de los que componían la misión a manos de los japoneses o a consecuencia de la guerra.

Le reconstrucción de la actividad de los misioneros a partir de *El Ángel de Carolinas* permite igualmente conocer la información que se difundió en España sobre la guerra en las islas. Si bien es conocido el cambio de la política del franquismo durante la II Guerra Mundial en general y en relación a Japón en concreto, las noticias de los misioneros coinciden en transmitir una impresión entusiasta de los norteamericanos y de la influencia de su dominio sobre las islas a la par que una pésima visión de los japoneses, acerca de los que “poco a poco se va descorriendo el velo”. Esto es particularmente llamativo en cuanto a los esfuerzos de los soldados estadounidenses por mantener las atenciones a los misioneros y a su misión. También puede destacarse la experiencia de los jesuitas acerca de la notable presencia de católicos entre la tropa y de los efectos beneficiosos de la libertad religiosa de los estadounidenses en las islas, ello a pesar de haber sido promotores desde el siglo XIX de la expansión en aquellas tierras de otras confesiones cristianas.

La difusión de la revista, que contó con 2000 ejemplares de tirada, no sólo revela el esfuerzo de promoción de las misiones en los colegios jesuitas y en los ambientes próximos a la Compañía, sino que permite observar que la motivación religiosa de los misioneros y de sus apoyos mantuvo una lógica particular, con un perfil propio en la España azul de los años cuarenta.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Rey, Leandro (1998). La Andalucía contemporánea: niveles de conocimiento, fuentes y materiales didácticos. En Álvarez Rey, Leandro y Lemus López, Encarnación (eds.). *Historia de Andalucía contemporánea*. Huelva: Publicaciones de la Universidad de Huelva, pp. 21-55.
- Amorós i Gonell, Francesc (2005). Materiales etnográficos, geográfico-históricos y lingüísticos aportados por los capuchinos españoles en las islas Carolinas (Micronesia, Pacífico Occidental) a finales del siglo XIX. *Revista española del Pacífico*, nº 18, pp. 55-87.
- Arasa, Daniel (2001). *Los españoles en la Guerra del Pacífico*. Barcelona: Laia.
- Baró i Queralt, Xavier (2017). Evangelizar en la lejanía: Anne du Rousier (1806-1880) en Chile y Ambrosio de Valencina (1859-1914) en las islas Carolinas. *Estudios Franciscanos*, nº 118, pp. 191-216.
- Davison, John (2005). *La Guerra del Pacífico día a día*. Madrid: Libsa.

- Elizalde Pérez-Grueso, M^a Dolores (1992). La imagen de la colonia española de las islas Carolinas a través de los hombres que sirvieron en ella. *Cuadernos de historia contemporánea*, nº14, pp. 55-73.
- Elizalde Pérez-Grueso, M^a Dolores (2001). Una defensa de la soberanía en el contexto del imperialismo: la colonización española de las islas Carolinas y Palaos. Elizalde Pérez-Grueso, María Dolores, Fradera, Josep M. y Alonso, Luis. *Imperios y naciones en el Pacífico*. Vol. II. *Colonialismo e identidad nacional en Filipinas y Micronesia*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 315-339.
- Langa Nuño, Concha (2014). La prensa católica en Andalucía Occidental en la posguerra. Los casos de Cádiz y Sevilla. En Ruiz Sánchez, José-Leonardo (coord.). *La Iglesia en Andalucía durante la Guerra Civil y el primer franquismo*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, pp: 483-509.
- Nagase, Yumi (2022). La visión de Guam del obispo Miguel Ángel Olano: descripción de las fuentes archivísticas (1918-1970). Naveg@américa. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas, n 28, pp. [en línea]. 2022, n. 28. Disponible en: <https://revistas.um.es/navegamerica/article/view/505871>
- Revuelta Guerrero, Clara (2015). Oceanía, el reverso de la medalla. Escasa presencia española en la actividad misionera. *Mutatis mutandi*, vol. 8, n 1, pp. 83-109.
- Rodao, Florentino (2002). *Franco y el imperio japonés*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Rodao, Florentino (2005). Monsignor Olano, a bishop in World War II. *Micronesian Journal of the Humanities and Social Sciences*, vol. 4, nº 2, pp. 85-101.
- Watanabe, Chiaki J. (2021). Los jesuitas españoles en el Imperio Japonés (1916-1945), En Rodríguez Lago, José Ramón y Núñez Bargueño, Natalia (eds.). *Más allá de los nacionalcatolicismos*. Madrid: Sílex, pp. 341-364.

